

728957

Acevedo Hernández: un gigante de las letras chilenas

★ (8 de marzo de 1887 - 12 de diciembre de 1962)

Evocación del talentoso dramaturgo

por Orlando Ramos Gacitúa

Mi conocimiento de la producción teatral de Antonio Acevedo Hernández se inició en los años de liceano, desde mediados de la década de 1920, a través de los conjuntos artísticos que llegaban a Concepción y se incrementó con mucho mayor intensidad en Santiago, años más tarde, ya en otra etapa de la vida estudiantil. Una circunstancia casi fortuita, ajena a lo que podía esperar, me permitió entrar en trato personal con nuestro gran dramaturgo, en una tarde de fines de junio de 1937, siendo ya egresado del viejo Instituto Pedagógico, aquel establecimiento que todavía por esos años seguía siendo un modelo insuperado para toda la América.

Inquietudes y preocupaciones muy afines nos hicieron coincidir muchas veces en labores de investigación en el Archivo Histórico Nacional. Un día de esos, don Antonio se me acercó e irrumpió sin ambages, con una llaneza muy campechana: "Joven no sé quién es Ud., pero me gustaría mucho ser amigo suyo. Lo he observado desde hace tiempo, y en sus actitudes y en su mirada veo franqueza y hombría de bien". A partir de ese mismo momento, salvadas todas las diferencias de edad, de madurez y experiencia y, desde luego, de valer y significación en el mundo, se inició entre nosotros una amistad abierta y perdurable, de trato frecuente hasta los primeros meses de 1939 y de largos intervalos en los años siguientes, por obra de mi alejamiento de la capital, debido a que por entonces comenzó formalmente mi vida de trabajo, que transcurrió íntegramente en ciudades de provincias, hasta 1972.

Muchas, y muy dilatadas fueron nuestras jornadas de conversación, que empezaban habitualmente al caer la tarde y se prolongaban hasta la madrugada del siguiente día, y en las que más de una vez nos sorprendió la salida del sol sin haber agotado nuestros temas preferidos. Charlabamos incansablemente, pudiera decirse que sin tasa ni medida, de libros y autores, de las inquietudes de la época, de nuestra propia vida pasada, y de los más variados asuntos. Don Antonio era un trasnochador formidable, un bohemio de ley, que prodigaba generosamente una sabiduría de vida realmente gigantesca y caudalosa. No era tarea fácil, en un comienzo poder hacerle "pendant"

en ese tren de vida nocturna. Lo conocí y me honré con su hidalga amistad cuando recién trasponía los cincuenta años de edad, en pleno apogeo de su prestigio literario.

Tuve, pues, el privilegio de conocer íntimamente la vida y la estatura humana, moral e intelectual, de aquel hombre de esfuerzo, hijo de sus obras, autodidacta nato, de un excepcional talento literario, que pudo haberse perdido definitivamente para las letras nacionales, a no mediar su recia voluntad de triunfar y su pasmosa capacidad de resistencia frente a los sufrimientos y a tantas adversidades que debió soportar en sus primeros veinte años de existencia. Mientras transcurrían esos años, su oculta energía iba triunfando penosamente y su espíritu se impregnaba de ejemplos vivos, moldeándose para la vida futura, llenándose con sus fuertes y agudas emociones.

De origen humilde, de familia muy pobre, había nacido en Angol en 1887, casi en los mismos días en que el Presidente Balmaceda ponía su firma al decreto Supremo N° 2957, por el cual, sobre la base del antiguo territorio de Colonización de Angol, se creaban las provincias gemelas de Cauñin y Malleco. A principios de 1895 fue llevado a Temuco, y allí, durante unos pocos meses, tuvo su único y fugaz período de vida escolar.

La inseguridad y estrechez de su vida familiar, su rebeldía natural y la necesidad de subsistir con su propio esfuerzo, le impidieron seguir asistiendo a la escuela. Aprendió a leer y escribir, prácticamente, por sí solo, pasados ya los diez años de edad, y desde entonces, progresivamente, se convirtió en un ávido lector, aprovechando cuanto papel impreso encontraba a mano.

Tuvo, como puede inferirse, una infancia dura y triste y una adolescencia azarosa y deprimente. A muy temprana edad, ya tuvo conciencia plena del dolor, de la injusticia, de la hipocresía humana, de las mentiras convencionales de la sociedad.

Siempre lamentó no poder hacer buenos recuerdos ni de Angol ni de Temuco, ciudades en las cuales vivió hasta 1899. La impresión, la imagen que guardaba del Temuco de su infancia, me la resumió un día en estas textuales palabras, tan exactas como las que he repetido anteriormente, al reseñar el comienzo de nuestra amistad: "Temuco es

una ciudad briosa y progresista, en continuo crecimiento, como lo ha sido desde sus orígenes; pero dura y cruel despiadada con los débiles, devoradora de hombres. Es algo que recuerdo con un horror crónico, que no puede diluirse, a pesar de los años. No hay una calle, no hay un rincón de Temuco, que no sean testigos de mis sufrimientos de niño, que no hayan visto rodar una lágrima mía".

Al llegar el año 1899 abandonó su tierra natal de la Frontera, pensando que sería tal vez para siempre, desligándose de todos los vínculos que lo ataban a esos lares, y se vino a Chillán, dispuesto a abrirse paso en lo que fuera, en la actividad que estuviera al alcance de sus cortos doce años de edad. Aquí probó suerte en diversos trabajos; entre otros, fue mozo de cordel y, luego, negociante al menudeo en la histórica y tradicional feria chillaneja, que en esos años funcionaba solamente dos veces a la semana; una para la venta de productos de consumo y útiles de casa, y otra para el comercio de ganados. Por último, a fin de procurarse un trabajo más seguro y estable, se contrató como peón agrícola en el fundo "Talquipén" situado a unos veinte kilómetros de Chillán, hacia el oriente, en donde permaneció unos dos años y medio. Tal decisión y el hecho de haber sido aceptado sin mayores dificultades como gañán, no deben extrañar al lector que sólo aprecie los hechos conforme a la realidad actual. Eran tiempos en que no existían ni la obligación escolar, ni leyes sociales de ninguna especie; de tal modo que en los campos constituía una práctica generalizada el hacer trabajar a los niños desde los diez años de edad. El mal trato que recibía de su patrón, además de su propia inquietud lo decidieron a abandonar el campo y trasladarse a la capital, en busca de nuevos horizontes. Sin embargo, esa experiencia de cuatro años en estas tierras de Ñuble no habían sido estéril. En las pocas horas libres de que podía disponer; concentraba sus observaciones y se deleitaba en la serena contemplación del campo y de todos sus variados matices. El ambiente robusto de la tierra, la paz taciturna de los contornos, y hasta el susurro del viento al deslizarse por entre el follaje, de árboles y arbustos, iban acentuando su comprensión y amor por el paisaje nativo.

siendo ya egresado del viejo Instituto Pedagógico, aquel establecimiento que todavía por esos años seguía siendo un modelo insuperado para toda la América.

Inquietudes y preocupaciones muy afines nos hicieron coincidir muchas veces en labores de investigación en el Archivo Histórico Nacional. Un día de esos, don Antonio se me acercó e irrumpió sin ambages, con una llaneza muy campechana: "Joven no sé quién es Ud., pero me gustaría ser amigo suyo. Lo he observado desde hace tiempo, y en sus actitudes y en su mirada veo franqueza y hombría de bien". A partir de ese mismo momento, salvadas todas las diferencias de edad, de madurez y experiencia y, desde luego, de valer y significación en el mundo, se inició entre nosotros una amistad abierta y perdurable, de trato frecuente hasta los primeros meses de 1939 y de largos intervalos en los años siguientes, por obra de mi alejamiento de la capital, debido a que por entonces comenzó formalmente mi vida de trabajo, que transcurrió íntegramente en ciudades de provincias, hasta 1972.

Muchas, y muy dilatadas fueron nuestras jornadas de conversación, que empezaban habitualmente al caer la tarde y se prolongaban hasta la madrugada del siguiente día, y en las que más de una vez nos sorprendió la salida del sol sin haber agotado nuestros temas preferidos. Charlábamos incansablemente, pudiera decirse que sin tasa ni medida, de libros y autores, de las inquietudes de la época, de nuestra propia vida pasada, y de los más variados asuntos. Don Antonio era un trasnochador formidable, un bohemio de ley, que prodigaba generosamente una sabiduría de vida realmente gigantesca y caudalosa. No era tarea fácil, en un comienzo poder hacerle "pendant"

triunfar y su pasmosa capacidad de resistencia frente a los sufrimientos y a tantas adversidades que debió soportar en sus primeros veinte años de existencia. Mientras transcurrían esos años, su oculta energía iba triunfando penosamente y su espíritu se impregnaba de ejemplos vivos, moldeándose para la vida futura, llenándose con sus fuertes y agudas emociones.

De origen humilde, de familia muy pobre, había nacido en Angol en 1887, casi en los mismos días en que el Presidente Balmaceda ponía su firma al decreto Supremo N° 2957, por el cual, sobre la base del antiguo territorio de Colonización de Angol, se creaban las provincias gemelas de Cautín y Malleco. A principios de 1895 fue llevado a Temuco, y allí, durante unos pocos meses, tuvo su único y fugaz período de vida escolar.

La inseguridad y estrechez de su vida familiar, su rebeldía natural y la necesidad de subsistir con su propio esfuerzo, le impidieron seguir asistiendo a la escuela. Aprendió a leer y escribir, prácticamente, por sí solo, pasados ya los diez años de edad, y desde entonces, progresivamente, se convirtió en un ávido lector, aprovechando cuanto papel impreso encontraba a mano.

Tuvo, como puede inferirse, una infancia dura y triste y una adolescencia azarosa y deprimente. A muy temprana edad, ya tuvo conciencia plena del dolor, de la injusticia, de la hipocresía humana, de las mentiras convencionales de la sociedad.

Siempre lamentó no poder hacer buenos recuerdos ni de Angol ni de Temuco, ciudades en las cuales vivió hasta 1899. La impresión, la imagen que guardaba del Temuco de su infancia, me la resumió un día en estas textuales palabras, tan exactas como las que he repetido anteriormente, al reseñar el comienzo de nuestra amistad: "Temuco es

tierra natal de la Frontera, pensando que sería tal vez para siempre, desligándose de todos los vínculos que lo ataban a esos lares, y se vino a Chillán, dispuesto a abrirse paso en lo que fuera, en la actividad que estuviera al alcance de sus cortos doce años de edad. Aquí probó suerte en diversos trabajos; entre otros, fue mozo de cordel y, luego, negociante al menudeo en la histórica y tradicional feria chillaneja, que en esos años funcionaba solamente dos veces a la semana; una para la venta de productos de consumo y útiles de casa, y otra para el comercio de ganados. Por último, a fin de procurarse un trabajo más seguro y estable, se contrató como peón agrícola en el fundo "Talquipén" situado a unos veinte kilómetros de Chillán, hacia el oriente, en donde permaneció unos dos años y medio. Tal decisión y el hecho de haber sido aceptado sin mayores dificultades como gañán, no deben extrañar al lector que sólo aprecie los hechos conforme a la realidad actual. Eran tiempos en que no existían ni la obligación escolar, ni leyes sociales de ninguna especie; de tal modo que en los campos constituía una práctica generalizada el hacer trabajar a los niños desde los diez años de edad. El mal trato que recibía de su patrón, además de su propia inquietud lo decidieron a abandonar el campo y trasladarse a la capital, en busca de nuevos horizontes. Sin embargo, esa experiencia de cuatro años en estas tierras de Nuble no habían sido estéril. En las pocas horas libres de que podía disponer, concentraba sus observaciones y se deleitaba en la serena contemplación del campo y de todos sus variados matices. El ambiente robusto de la tierra, la paz taciturna de los contornos, y hasta el susurro del viento al deslizarse por entre el follaje, de árboles y arbustos, iban acentuando su comprensión y amor por el paisaje nativo.



EL TEATRO ITINERANTE presentó a través de todo el país la más conocida obra del notable autor:

"Chañarcillo", cuya fuerza de carácter identifica plenamente al propio Acevedo Hernández.